



¿Qué era aquello que estaban viendo? Ninguno lo sabía a ciencia cierta. Pero la creencia más fuerte entre ellos era que podía tratarse de un platillo volante posado en el mar. Aunque jamás habían visto uno, salvo en las películas y en los tebeos, ni se podían imaginar, que pudieran tener una textura como de cuero negro azulado.

No les faltaban razones para creer que su naturaleza era extraterrestre. Uno decía, atinadamente, que tenía casi dos metros de envergadura, otro que más, y el tercero que las líneas de puntos que

lo atravesaban a todo lo largo -hasta cinco contaron-eran sus luces, que, como era de día se encontraban apagadas. Mientras hacían estas disquisiciones sobre su forma y tamaño, inesperadamente, aquella cosa se hundió, dejando a los observadores patidifusos.

-Lo mismo puede ser que por esta zona haya en el fondo marino una base extraterrestre- dijo Esteban misterioso.

-O una ciudad- dijo Fede poniéndole más énfasis al hilo argumental de su amigo.

-¡Osti, qué miedo si fuera verdad!- exclamó Sergio.

Los tres se miraron estremecidos.

-¿Nos vamos ya a merendar?- propuso Fede queriendo no aparentar miedo.

-Sí. Vámonos - dijo Esteban, que era el mayor de los tres.

Y con la convicción de que en el fondo marino había extraterrestres, se fueron a merendar al

chiringuito, y durante la merienda contaron en la reunión familiar lo que creían haber visto.

-Estos niños beben demasiada coca-cola. La cafeína y el sol los están trastornando-dijo el padre de Esteban después de haber oído la insólita historia.

Al día siguiente, nada más verse, volvieron a hablar del suceso y se fueron al lugar del avistamiento: un farallón situado en el acantilado de Barbate. Allí estuvieron largo rato a la expectativa de que la visión se repitiera, y así confirmar todas las conjeturas del día anterior sobre el carácter extraterrestre de lo que vieron. Mientras esperaban impacientes, charlaban sobre los platillos volantes y el aspecto que podrían tener "los marcianos", cada vez más convencidos, de que la nueva aparición sideral iba a surgir del mar saliendo como disparada hacia el cielo. Pero este deseo no se cumplió. Ni tampoco que el supuesto platillo volante apareciera posándose en las aguas oceánicas.

A los tres días de aquel acontecimiento, dejaron desilusionados el puesto de observación, pues nada de lo que esperaban volvió a aparecer.

Sin embargo, sí aparecieron muchas dudas ¿Qué era realmente lo que habían visto? ¿Acaso había sido un espejismo marino?

Con estas interrogantes volvieron a la rutina veraniega. Pero, días después, el destino les tenía guardada una magnífica sorpresa.

Sergio, Esteban y Fede se disponían a pasárselo bien en la playa con el juguete de moda, de ese verano. De repente, mientras sus amigos se lo tiraban, Sergio, que iba unos pasos más adelantado, se paró en seco mirando hacia el mar como petrificado.

-¡Toma, cógelo!-exclamó Fede lanzándole el artificio.

El objeto cayó en la arena, pues Sergio no se inmutó. Sus amigos se extrañaron.

-¿Qué te pasa, quillo? ¿Te has puesto malo?- le preguntó Esteban al verlo tan pálido.

-No... pero mirad lo que hay en la orilla- respondió Sergio tartamudeando.



-¿El qué?- preguntó Fede-. Sólo veo tres barquitas en la orilla.

-No. La de en medio no es una barca- aseguró Sergio.

-Sí lo es. Lo que pasa es que tiene echado encima un toldo oscuro- afirmó Esteban-. Venga, vamos a jugar-. Y Fede y él continuaron con el juego, encaminándose hacia la orilla. Pero no habían dado más de cuatro pasos cuando Sergio les dijo:

-Es el platillo volante que vimos el otro día en el mar.

Al oírle esta afirmación, sus dos amigos se pararon de golpe, y se agruparon con Sergio, mirándose un instante sin articular palabra. Después, como sin querer, Fede llegó a decir.

-Vámonos de aquí corriendo-. Y los demás le hicieron caso inmediatamente. Pero al instante Esteban reaccionó, parándose en seco.

-¡Un momento! ¡Esperad! -exclamó.

-¿Qué quieres ahora, quillo? Vámonos de aquí zumbando- insistió Fede.

-¿Por qué no volvemos para ver el platillo volante más cerca?- propuso Esteban osadamente.

Nos pueden coger y llevarnos a su planeta.., o al fondo marino.. ¡Venga, vámonos!- dijo Sergio musitando y cada vez más nervioso.

-¿Pero no os dais cuenta que si han venido en ese platillo volante es que son pequeñitos?- dijo Esteban para convencer a sus amigos.

-¿Y qué, si son pequeñitos? ¿Y si tienen grandes poderes y pistolas para desintegrarnos?

-¿Cómo nos vamos a defender? ¿Escupiéndoles?- argumentó Fede.

-¡Anda ya! Además, si parece que el platillo volante está vacío.

-¿Sí? ¿Y tú cómo lo sabes, listo?- volvió a la carga Fede. Esteban no respondió. Durante un momento se quedaron callados. Después, sin decir palabra, Esteban empezó a caminar hacia la orilla, y Sergio y Fede lo miraron boquiabiertos. Con temor y zozobra Sergio comenzó a llamarlo.

-Esteban... Quillo... Vente "p'acá."

Pero Esteban siguió andando; y sus compañeros pensaron que había sido abducido por los extraterrestres. Entonces se pusieron a seguirlo a cierta distancia y con cautela.

Al encontrarse a sólo tres metros de aquella cosa, Esteban empezó a dudar de que se tratara de un platillo volante; pero tampoco se había dado



cuenta, de que en realidad, era un extraordinario ser marino. El animal levantó la cabeza haciendo un ruido ronco y quejumbroso, y entonces, vió como parte de una bolsa de plástico le sobresalía por la boca. Impresionado, creyó aún que estaba ante un ser extraterrestre; y dio un respingo hacia atrás. Pero al instante recapacitó, e hizo una observación más realista.

-"¡Es una tortuga!" "¡Una tortuga gigante!", se dijo-. ¡Sergio, Fede! ¡Venid! ¡Es una tortuga gigante!- gritó Esteban-. Y los dos amigos se colocaron a su lado, despacio y precavidos.

-Y vosotros decíais que era un platillo volante-reprochó Esteban.

-Yo no. Ese era el Sergio, que tiene mucha fantasía.

-¿Yo? ¡Si fue él-refiriéndose a Esteban-el primero que dijo que era cosa de extraterrestres!- protestó Sergio.

Esta tortuga gigante que estaba en un gran aprieto se llamaba Kurma, y pertenecía a la especie denominada tortuga laúd; la tortuga más grande que existe en el planeta. Un ser viajero que conocía todos los mares del mundo, desde el Ártico hasta las aguas tropicales de Australia, y al que en su larga vida y en sus muchos viajes le encantaba visitar el Mediterráneo; "El Mare Nóstrum", como lo llamaban antiguamente los romanos, y lo definen muchos de los pueblos y etnias que habitan sus costas.

Las visitas, que Kurma y los de su especie hacían a este mar, seguían siendo un misterio para los biólogos marinos. Algunos de ellos sostenían que Kurma y su familia, los Dermoquélidos, se aden-

traban en el Mediterráneo porque les gustan especialmente las medusas(su alimento favorito) de este mar. Pero los viejos y sabios pescadores del sureste de la Península Ibérica tienen desde antaño otra teoría. Ellos dicen que vienen para escuchar el mismo lenguaje que oyen en las playas de América Latina, a sus colegas los pescadores de allí.

En aquellas playas lejanas se repite desde tiempos inmemoriales, su ciclo vital de supervivencia; pues nacen surgiendo de la arena e inician una carrera hacia el mar, llena de peligros, ya que son atacadas por los depredadores.



Y cuando son adultas y fértiles, vuelven para poner sus huevos, haciendo en la arena con sus patas, un agujero de ochenta centímetros de profundidad, que después cubren para proteger la puesta.

Sin embargo, esta vez en su travesía por el mar Mediterráneo, a Kurma le ocurrió un hecho indeseable y espantoso. Peor que aquél que le sucedió cuando se quedó ciega durante largo tiempo, por culpa de la contaminación de las aguas marinas cercanas a una plataforma petrolífera. Ceguera de la que pudo sanarse gracias a las propiedades curativas de las profundas y puras aguas oceánicas, y a su magnífica capacidad para sumergirse en ellas.

Kurma se encontraba junto a la costa malagueña, muy cerca de la ampulosa ciudad turística de Marbella, cuando creyó ver un montón de hermosas y exquisitas medusas, y entonces quiso darse un banquete. Fue una decisión siniestra; pues aquellas "hermosas medusas" resultaron ser en realidad una cantidad enorme de bolsas de plástico que flotaban a la deriva, igual que esos raros seres marinos.



Cuando se comió la segunda, se dio cuenta que lo que se había tragado no era el rico manjar que había pensado y comenzó a sentirse mal, pues como era lógico no había manera de digerirlas.

Esta vez, hizo lo mismo que cuando se quedó ciega, y se sumergió en aguas más profundas para aliviar sus males; pero el efecto fue el contrario y salió a la superficie para intentar mejorar de su ahogo. Enferma, Kurma tomó la decisión de volver al Atlántico. Si tenía que morir, quería estar lo más cerca de la playa donde naciera, allá en Méjico.

Las fuertes corrientes del Estrecho de Gibraltar y su estado de salud no le permitieron llegar demasiado lejos, y se dejó llevar por el oleaje hasta alcanzar una playa del pueblo de Barbate, muy cerca del acantilado del Parque Natural de la Breña.

Y fue aquí donde la encontraron los niños, que después de un rato junto a ella no salían de su asombro.

-Creo que está enferma. La bolsa de plástico que tiene en la boca no la deja respirar- dijo Sergio acertadamente.

-Qué pena. Se va a morir-se lamentó Fede.

-¿Qué podemos hacer por ella?- preguntó Esteban. Sergio y Fede no respondieron. Kurma volvió a mover la cabeza hacia arriba con la bolsa atascada en la boca como queriendo buscar el aire que le faltaba; su rostro expresaba desesperación.

De repente, en un reflejo de osadía, Esteban se acercó a la tortuga laúd y despacio, tomándose

todas las precauciones del mundo por si el animal le pudiera atacar, empezó a tirar de la bolsa con los dedos, retirando la mano al instante para evitar un posible mordisco.

Sorprendidos, sus amigos admiraron la valentía de Esteban, que en uno de esos tirones, logró sacarle un poco la bolsa maldita; lo que provocó que también ellos se armaran de valor y quisieran ayudar a la tortuga gigante.

Fueron a acercarse más, pero entonces Kurma hizo otra vez su ronquido y se movió casi un metro, creando el pánico entre los niños, que se escondieron detrás de una barca.

-Vámonos de aquí, que nos va a atacar-dijo temeroso Fede-. Será mejor que se lo digamos a la policía local.

Pero Esteban no hizo caso y volvió a acercarse despacio a la criatura marina, y vio que ésta no expresaba ira en sus ojos, sino que le salía de sus ojos un líquido viscoso, que él supuso que eran lágrimas de agradecimiento. (Al menos así lo creyó Esteban.)









